

PEQUEÑA CRONICA DE LA CIUDAD

Deuda con una locomotora

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Cuando hace unos días rompí lanzas por la salvación de una vieja locomotora, creí estar solo en la lucha simbólica que emprendía. Me equivoqué totalmente. Por carta unas, de palabra otras, siete personas me han manifestado su completo acuerdo con la idea que entonces expresé. Siete hombres, siete hombres—don Alberto Bichara, don Jorge Hodgson, don Felipe Ravelo, don Antonio Ramos, don Salvador González, don Antonio León y don Domingo de la Rosa—se han alistado bajo la romántica bandera de una facción que, pacífica, no tiene más objeto y objetivo que el rescatar de la chatarra a una vieja locomotora.

Somos pocos aún en este intento que, seguro estoy, no será vano, y sí fructífero. Y me sostiene en mi afirmación rotunda el conocimiento que de mis paisanos tengo. Me sostiene el saber que, en un elevado porcentaje, todos están de acuerdo en que no puede—no debe—desaparecer ese leve contacto con un pasado que aun es casi presente. Que sabemos hay que salvar una de las veteranas Krupp. Que comprendemos no debe desaparecer, convertida en chatarra anónima e informe, ese algo afectivo cuya sola visión nos lleva de nuevo a los lejanos años de la perdida niñez.

Todos, sin excepción, materializábamos en ellas aquel viejo sueño de ferrocarriles que la isla tuvo. Ellas convirtieron una utopía en realidad parcial y, a su rítmico traqueteo, el puerto—puerta de Tenerife—fue extendiendo sus acogedores, cariñosos brazos de piedra.

Santa Cruz y la isla toda, tienen una deuda que saldar con las viejas locomotoras. Sus negras estampas, cubiertas por la honrada suciedad del hollín y el trabajo, eran siempre telón de fondo de la ciudad de antaño. Sus penachos señeros se asomaban al alto mirador de la Marina, desde donde, con envidia, los niños de entonces contemplaban al maquinista aureolado por los resplandores del horno insaciable.

Su metálico andar, acompasado por las estridencias del silbato de vapor, apagaba entonces el concierto del trabajo en los varaderos de la Junta, Elder y Hamilton. Moría el canto de yunques y fraguas y desaparecía el triste gemido de la madera hendida. Había entonces como un breve pugilato de humos negros y blanco vapor entre las chimeneas varadas casi en la costa y la que, resoplando siempre, seguía su diario e igual camino. Y ganaba siempre—o al menos así lo parecía—la que adornaba y remata-

ba el chigre del varadero de Hamilton. No en vano conservaba, con el clásico "mambrú" y caída graciosa, algo de sus años marineros en el viejo "Esperancita".

Hoy ya no juegan los valles y montañas de Anaga con la voz estridente del silbato. Tampoco lanzan al mar los ecos de la marcha metálica de las locomotoras ni reflejan las olas—empeñadas entonces en dura lucha contra la sinuosa, estrecha carretera—la luz del rojo farol que, monóculo encendido, se calaban aquéllas para sus correrías nocturnas.

Hay que conservarlas a todas en el recuerdo, pero a una en presencia real, efectiva y afectiva. Acostumbremos así a los niños de hoy a pensar un poco, o un mucho, en el ayer ya ido para siempre. A considerar con todo cariño lo poco que del viejo Santa Cruz queda y nos llega envuelto en recuerdos y nostalgia. Transmitámosles el mismo emotivo y emocionado legado que nuestros padres nos cedieron con cariño y respeto.

Don Francisco Martínez Viera nos habla en ese su maravilloso y reciente "El antiguo Santa Cruz" de la vieja "Añaza", la primera locomotora del puerto santacrucero. Nos recuerda aquel "su trepidante recorrido, con su penacho de humo negro y el incesante tocar de su campana, seguida de numerosos carriles, que traspasaban la piedra de La Jurada para la escollera del dique Sur de nuestro puerto".

Recuerda también Martínez Viera la solemne inauguración de la locomotora—10 de octubre de 1890—con un impresionante gentío, en la carretera de San Andrés y el alto mirador de la Marina, a la espera de que la "Añaza", en su histórico primer viaje, llevase hasta Ventoso a las autoridades y numerosos invitados.

Y recuerda don Francisco que la "Añaza" era una de las infantiles atracciones del Santa Cruz de entonces. Y plasma en palabras—¡La de veces que fuimos a la muralla de la Marina para verla pasar!—el sentido, emocionado recuerdo de sus años niños.

No, las posteriores generaciones no conocimos a la histórica "Añaza". Y sí a las hoy veteranas que duermen a la sombra de los montes de Anaga. Y es por ello que, encarecidamente, pedimos sólo una locomotora. Una locomotora que, cerca del mar, a la vista del muelle Sur, recuerde algo del pasado. Una locomotora que descanse entre flores y a la que en sencilla lápida, Santa Cruz—la isla toda—recuerde con la misma sencillez.